

Africa Abul Hassan; y Alfonso de Castilla con no menor diligencia pasó á Madrid, congregó las córtes, pidió subsidios de hombres y dinero que los castellanos le otorgaron gustosos, envió una embajada á Aviñón á solicitar del papa que otorgase las gracias é indulgencias de cruzada á los que concurriesen á esta guerra, y ordenó que estuviesen dispuestos los contingentes para el mes de marzo de 1340.

A este tiempo habian ocurrido ya en la frontera cosas de importancia. El príncipe Abdelmelik, hijo de Abul Hassan, que habia invernado en Algeciras, intentó apoderarse por sorpresa de los almacenes que los cristianos tenian en Lebrija. Los rebaños que en esta algara iban recogiendo los musulmanes por las aldeas eran conducidos por un fuerte destacamento á Algeciras, cuando avisados los fronteros cristianos por diligencia de Fernando Portocarrero, alcaide de Tarifa, dieron sobre ellos impetuosamente en un valle, rescataron los ganados, mataron casi todos los conductores, cogieron sus caballos y se volvieron á Arcos cargados de botin y de despojos. El príncipe Abdelmelik, que habia quedado con el grueso de sus tropas en los campos de Jerez, Abdelmelik que se jactaba de no inspirarle ningun temor las tropas cristianas. ignorante de aquel descalabro, avanzaba lentamente en busca del destacamento de Lebrija. Un cuerpo de quinientos berberiscos que iba delante se vió sorprendido por los cristianos, que al grito de

¡Santiago! ¡Santiago! los arremetieron denodadamente. El intrépido caudillo musulmán Aliatar cayó del caballo acribillado de heridas, despues de haber atravesado de parte á parte con su azagaya á un caballero de Alcántara que le seguia. Las demas tropas musulmanas dormian todavía en sus tiendas; muchos fueron alanceados antes de despertár, otros medio despiertos, y los que pudieron escapar huyeron á Algeciras y á los montes con tal precipitacion que se olvidaron de que su gefe Abdelmelik quedaba alli abandonado. Dejemos á la crónica contar con su vigorosa sencillez la muerte desgraciada de este príncipe.

«Et aquel rey Abomelique..... metióse en una breña de zarzos cerca del arroyo. Et estando alli escondido llegaron por alli los cristianos, et él desque los vió, echóse como en manera de muerto: et un cristiano vió como resollaba, et dióle dos lanzadas no le cognosciendo: et fuese el cristiano, et fincó aquel Abomelique vivo. Et desque fueron endepartidos los cristianos, levantóse con queja de la muerte: et un moro que andaba escondiéndose por aquella breña fallólo, et quisiéralo levar á cuestras; mas él desangrábase mucho de las feridas, et enflaquecia: et dixo que le dejase alli, et que fuese á tierra de moros, si podiese, et que dixese que veniesen alli por él. Et el moro fuese, et aquel Abomelique con la quexa de la muerte ovo sed, et llegó

»al arroyo por beber del agua, et murió allí (1).» Tal fué el desastroso fin del príncipe Abdelmelik, el hijo de Abul Hassan, el que tomó á Gibraltar, el que se alababa de no temer las armas cristianas. «La nueva de este desman, dice el escritor árabe, llenó de amargura á todos los musulmes y de despecho á los reyes de Fez y de Granada. Escribió el de Fez á todos los alcaides de Africa para que le enviasen nuevas tropas, y el de Granada hizo llamamiento de sus gentes con ánimo de tomar venganza cumplida (2).»

Desgraciadamente turbó pronto la alegría de este triunfo la muerte del almirante de la flota aragonesa Gilabert de Cruyllas. Este intrépido marino cometió la indiscrecion de hacer un desembarco en la costa de Algeciras. Acomedido, acosado y envuelto por las tropas musulmanas, cayó atravesado de una flecha. Los de la armada de Aragon, viéndose privados de su gefe, se retiraron con sus galeras á Cataluña, quedando sola la escuadra de Castilla para guardar el estrecho (febrero, 1340).

A este tiempo y en circunstancias tan críticas la influencia desmedida de doña Leonor de Guzman con el rey, y las deplorables deferencias del monarca á su favorita, pusieron en un conflicto á España y fueron causa de privar á Castilla de uno de sus mas ilustres adalides y de sus mas denodados capitanes. Habiendo vacado el gran maestrazgo de Santiago, pre-

(1) Cron., cap. 203.

(2) Conde, part. IV., cap. 21.

tendíase investir con esta alta dignidad á don Fadrique, hijo del rey y de la Guzman, siquiera á la bastardía de su origen uniera la circunstancia de ser un niño de siete años, y siquiera fuese menester para ello anular con especiosos pretextos la eleccion que habian hecho ya en don Vasco Lopez. El nombramiento del niño adulterino pareció ya demasiado escandaloso, y se creyó acallar las murmuraciones públicas con otro poco menor escándalo, nombrando gran maestre á don Alfonso Melendez de Guzman, hermano de la ilustre y real concubina. Entre los muchos que por censurar públicamente este nombramiento se atrajeron las iras del rey y de su favorita, lo fué el valeroso maestre de Alcántara Gonzalo Martinez de Oviedo, el vencedor de Abdelmelik, que se hallaba en Jerez. Mandado comparecer ante el monarca, temió por su vida, negóse á cumplir el emplazamiento, y haciéndose fuerte en los castillos y con los caballeros de su orden, dirigió al rey cartas un tanto irreverentes, como dictadas por el despecho. Pasando despues á las plazas de la orden en la frontera de Portugal, ofreció al monarca portugués ponerlas bajo la dependencia de su corona con tal que le ayudára contra el de Castilla. El de Portugal rehusó dignamente el ofrecimiento respetando la tregua que entre los dos mediaba, y Alfonso de Castilla se dió á perseguir con su acostumbrada energía y actividad al rebelde maestre, que se habia refugiado y hecho

fuerte en Valencia de Alcántara, villa principal de su orden. Costóle al rey una guerra viva y personal, variada en lances y en proezas, así por parte de los que seguían los pendones reales, como de los que defendían la bandera del maestre de Alcántara. Al fin, viendo éste la inutilidad de su resistencia, bajó de la última torre en que se había atrincherado, y se entregó á merced del rey, el cual después de reprehenderle á griamente le mandó juzgar por traidor. «Et Alfonso Ferrandez (dice la crónica) que estaba allí con el rey.... fizolo degollar et quemar por traydor, por cumplir la sentencia que el rey había dado contra él.» Esto pasaba en los momentos en que Castilla se veía amenazada por los ejércitos de Abul Hassan, y cuando tan conveniente hubiera sido la presencia del rey en las fronteras de Andalucía; pero era primero sacrificar á un ilustre guerrero y dejar desagraviada á doña Leonor de Guzman.

Mientras así se entretenía Alfonso en sofocar de una manera tan terrible y trágica rebeliones que su misma conducta producía, el rey de Marruecos preparaba su grande expedición y proyectaba tomar ruidosa venganza de la muerte desastrosa de su hijo. Y apenas el rey de Castilla volvió á Andalucía de su lamentable expedición de Alcántara, cuando se presentó en las aguas de Algeciras la flota africana en número de doscientas cincuenta velas, con las correspondientes tropas de desembarque. ¿Qué podía hacer

el almirante castellano con veintisiete galeras en mal estado, seis naves gruesas y algunos pocos barcos de transporte que componían toda su escuadra? Y sin embargo no faltó quien le presentara como sospechoso, tal vez como vendido á los africanos, por no haber impedido el paso de la armada enemiga. Esto le perdió. Su esposa, que se hallaba en Sevilla, le transmitió los rumores calumniosos que algunos difundían: hirió esto en lo más vivo al pundonoroso marino castellano, y determinó desmentirlos aunque fuese á costa de su misma vida. Arrebatadamente y sin consultar con nadie dió á su pequeña flota la orden de combatir: obedecieronle sus gentes, casi ciertas de sucumbir en lucha tan desigual. Muy en breve se vió el resultado de tan temerario arrojo; casi todas las galeras castellanas fueron echadas á pique. Defendíase bravamente el almirante Jofre en su capitana contra cuatro galeras de Africa. Los castellanos que iban en un navío de alto bordo que acompañaba la galera del almirante creyeron hacerle un servicio saltando á ella para defenderle combatiendo á su lado. Pero apoderados los enemigos de aquel navío acribillaban desde allí á los cristianos con una lluvia de flechas, y sus mejores y más fieles guerreros, sus parientes y amigos iban cayendo á los pies del valeroso Jofre. Dejemos á la crónica misma acabar de contar el triste fin de este combate heroico, ejemplo insigne del valor y de la nobleza castellana (4 de abril, 1340).

«Et el almirante tenia la una mano en el estandarte; et desque via venir los suyos vencidos iba á ferir en los moros, et tornábase luego al estandarte. Pero tan grande fue la priesa que le daban los moros, et tantos de los suyos mataban los que estaban en la nave, que fincaron con él muy pocas compañías, et los moros entraron la galea. Et desque él vió que non tenia gentes con quien la defender, ni le acorria ninguno, abrazó con el un brazo el estandarte, et con el otro peleaba et esforzaba á los suyos quanto podia..... Et pelearon tanto, fasta que ge los mataron todos delante; et él abrazado con el estandarte peleó con una espada que tenia en la mano, fasta que le cortaron una pierna, et ovo de caer, et lanzaron de encima de la nave una barra de fierro, et diéronle un golpe en la cabeza de que murió. Et los moros llegaron á él, et cortáronle la cabeza, et echáronla en la mar: et fincó el cuerpo en la galea; et derribaron el estandarte que estaba en la galea; et aquel cuerpo del almirante lleváronlo al rey Albohacen. Et los cristianos de las otras galeas et de las naves non quisieron llegar á la pelea, desque vieron que el estandarte era derribado; et las otras galeas perdidas desampararon aquellas galeas en que estaban, et acogieronse todos á las naves; et con un poco de viento que les hizo alzaron las velas, et fuéronse á Cartagena, et dejaron las galeas desamparadas en el agua. Et los moros desque los vieron andar de aquella

»guisa llegaron á ellas, et tomáronlas con remos et con velas, et con todo su aparejamiento: asi que de toda la flota que el rey de Castiella alli tenia non escaparon mas que cinco galeas ⁽¹⁾.»

Tal fué la famosa derrota de la escuadra castellana delante de Gibraltar, resultado de un arranque de pundonor mas glorioso y loable que provechoso y útil. Alfonso recibió la triste nueva en las Cabezas de San Juan el Domingo de Ramos. El papa Benito XII. le dirigió una sentida pero severa carta, en que no vacilaba en atribuir el desastre á lo enojado que tenia á Dios, asi por el inhumano suplicio del gran maestre de Alcántara, como principalmente por sus impúdicos amores con la Guzman. «Examina, le decia, tu conciencia, y mira si no te habla nada acerca de esa concubina á que hace tanto tiempo estás demasadamente apegado en detrimento de tu salvacion y de tu gloria..... Combate tu pasion, hazte á tí mismo una guerra incesante y animada..... etc. ⁽²⁾.»

No abatió, sin embargo, al rey de Castilla tamaño infortunio. Por el contrario, desde estos momentos es cuando aparece Alfonso XI. grande, animoso, previsor y resuelto, como politico, como guerrero, como monarca. Sin perjuicio de construir y armar nuevas naves, y necesitando con urgencia reemplazar la es-

(1) Cron. de don Alfonso el Onceno, cap. 212. de las calendas de julio, año V (1340).

(2) Carta dada en Avignon á 13

cuadra perdida, hace que la reina doña María, que vivía con su hijo don Pedro en Sevilla refirada y como reclusa en un monasterio, escriba á su padre el rey de Portugal rogándole socorra con su flota al rey de Castilla. No solo esto, sino que olvidando aquella buena reina los agravios recibidos como esposa, y atenta solo al interés de su reino y de toda la España cristiana, envía á su canciller el dean de Toledo don Velasco Fernandez para que personalmente y de viva voz encarezca á su padre la necesidad urgente de dar al olvido las antiguas ofensas y de acorrer con sus naves á Alfonso su marido, en lo cual ella y la cristianidad entera recibirían merced. Si generosa y noble se mostró en esta ocasion la hija, no lo estuvo menos el padre. A los pocos dias mensageros del rey de Portugal llegaron á Sevilla para anunciar á Alfonso XI. que en breve arribaría allí la armada portuguesa. ¡Estrañas vicisitudes de la vida humana! Los encargados de conducir esta flota destinada á reparar el desastre de la de Alfonso Jofre eran el almirante de Portugal Manuel Pezano y su hijo, á quienes aquel Jofre habia antes vencido y hecho prisioneros en las aguas de Lisboa, y á quienes Alfonso de Castilla acababa de poner en libertad. El almirante portugués obrando con mucha prudencia se apostó con su flota en el puerto de Cádiz, que hubiera sido muy aventurado pasar por entonces mas adelante.

En este intermedio el rey de Castilla con activi-

dad prodigiosa habia enviado á Juan Martinez de Leyva con especial embajada á la señoría de Génova, para que le suministrase naves á sueldo. Ofrecieronle los genoveses quince galeras á precio de ochocientos florines de oro mensuales cada una, y de mil quinientos la capitana, con el almirante Egidio Bocanegra, hermano de Simon Bocanegra, primer dux de aquella república. De vuelta y á su paso por Aviñon obtuvo el de Leyva del pontífice una bula concediendo las indulgencias de cruzada por tres meses para la guerra de Castilla, y á su regreso por Aragon negoció con Pedro IV. (el Ceremonioso) que en conformidad al reciente tratado de alianza acudiera á Alfonso de Castilla, con las naves que pudiese, en cuya virtud el aragonés prometió doce galeras á las órdenes del almirante Pedro de Moncada, nieto del célebre almirante de Aragon y de Sicilia Roger de Lauria. Mientras esto negociaba por allá Martinez de Leyva, el rey de Castilla habia celebrado con su suegro el de Portugal un tratado definitivo de paz y amistad con las condiciones siguientes: olvido de todos los motivos de guerra y de discordia y de los perjuicios ocasionados por una parte y por otra; devolucion recíproca de todas las plazas que se hubiesen tomado y retenido á pesar de la tregua de 1338; cange mútuo de todos los prisioneros; que la princesa Constanza, hija de don Juan Manuel y antigua reina de Castilla, fuese llevada á Portugal y casase con el in-

ante heredero don Pedro con anuencia y consentimiento del castellano; que doña Blanca volvería á Castilla con las ciudades que constituían su dote; que los dos monarcas se unirían en estrecha amistad, y ninguno de los dos sin mútuo acuerdo podía hacer treguas con el rey de Marruecos. El tratado fué firmado en Sevilla (10 de julio, 1340) por Alfonso XI., juntamente con la reina doña María, el infante don Pedro su hijo, don Juan Manuel, don Juan Alfonso de Alburquerque, y otros ilustres caballeros. En su cumplimiento doña Constanza fué llevada á Portugal, celebráronse las bodas, el monarca portugués ratificó el tratado de Sevilla, y la desgraciada doña Blanca regresó á su patria para tomar el velo en el monasterio de las Huelgas de Burgos donde acabó sus días.

No se limitó á esto solo la actividad de Alfonso el Onceno. Con la mayor premura hizo reparar cuantas naves se encontraron desarmadas en los puertos de Andalucía; hizo trasportar las pocas que existían en los de Galicia y Asturias, y con las cinco que se habían salvado del desastre de Gibraltar compuso una pequeña flotilla que á las órdenes de Frey don Alfonso Ortiz Calderon, prior de San Juan, destinó á vigilar la altura de Tarifa.

Como en todo este tiempo no había habido en el estrecho ni una sola nao de los cristianos que impidiera el desembarco de las tropas africanas, habíase embocado en España un numerosísimo ejército musul-

man, que el que menos hace subir á la cifra de doscientos mil hombres, entre los cuales setenta mil de caballería, y en sentir de muchos llegaban las gentes que vinieron de Africa á cuatrocientos ó seiscientos mil, lo cual no es exagerado, si se atiende á que además de los guerreros desembarcaron multitud de familias con la esperanza y casi seguridad de que iban á posesionarse de toda la península con la misma facilidad que en los tiempos de Muza y de Tarik. El rey Abul Hassan de Marruecos pasó por fin á España en el mes de setiembre, y Yussuf Abul Hagiag el de Granada fué con no escasa hueste á incorporársele en Algeciras. Por una falta de cálculo, feliz para los cristianos, y fatal para los moros, los dos príncipes musulmanes, en vez de penetrar al interior de España con su innumerable morisma, detuviéronse á cercar á Tarifa, que combatieron fuertemente con máquinas é ingenios ⁽¹⁾. Defendíanse heroicamente los sitiados mandados por Juan Alfonso de Benavides, recordando los días glo-

(1) Al decir de los árabes de Conde, en el sitio de Tarifa hicieron uso los moros de artillería de fuego. «Y principiaron á combatir con máquinas é ingenios de truenos que lanzaban balas de hierro grandes con *nafta*, causando gran destrucción en sus bien torreados muros.»—Part. IV. cap. 21.—Ya antes hablando del sitio de Baza de 1325 había dicho el escritor árabe: «Combatió la ciudad de día y de noche con máquinas á ingenios que lanzaban globos de fuego con grandes truenos, semejantes á los rayos de las tempestades, y hacían gran estrago en los muros y torres de la ciudad.» Part. IV., cap. 18.—Por lo mismo extrañamos que Romey, que tanto ha leído y tomado de Conde, haga notar el uso de estas máquinas que lanzaban *pellas de fierro con truenos* en el sitio de Algeciras de 1344, como empleadas allí por primera vez.—Romey, Hist. d'Espagne, tom. VIII, p. 183.

riosos de Guzman el Bueno. Animáronse mas al divisar una flota cristiana: era la que guiaba el prior de San Juan Ortiz Calderon: mas toda su alegría se convirtió en pesadumbre y llanto al ver desaparecer la flota á impulsos de una furiosa y deshecha borrasca, que hizo perecer casi todas las naves; escepto unas pocas que la tempestad arrojó á las costas de Cartagena y de Valencia. Los musulmanes pregonaban que Dios y los elementos estaban por ellos, y el rey Alfonso que se hallaba en Sevilla se contristó, pero no se abatió con aquel fatal contratiempo.

Inmediatamente y sobre la marcha convocó los prelados, ricos-hombres, maestros de las órdenes y otros caballeros é hijosdalgo para consultar si se habia de socorrer á Tarifa. Alfonso los dejó discutir; eran varios los pareceres; hasta que el rey entró en la sala de la asamblea y dijo resueltamente: «Tarifa será socorrida.» Quedó pues deliberado socorrer á los infelices sitiados, costára lo que quisiera. Hizo que la reina doña María escribiera de nuevo á su padre el rey de Portugal escitándole á que viniera en persona en ayuda de su marido. Alfonso IV. lo prometió así; pero impaciente el de Castilla, partió él mismo á Portugal, habló con su suegro eu Jurumeña (Alentejo), y volvió á Sevilla con la seguridad de que vendria á reunírsele pronto el portugués. Mucha era la inquietud del castellano mientras aquel llegaba. Entretanto no hacia sino despachar mensajes á los de Tarifa, afir-

mándoles que de un dia á otro iria á socorrerlos con el rey de Portugal, y previniéndoles que se mantuvieran firmes y no hicieran salidas que los pudieran comprometer. Llegó al fin el de Portugal con una bien corta pero escogida hueste de los principales hidalgos de su reino, y partieron los dos Alfonsos de Sevilla el 20 de octubre en direccion de Tarifa, haciendo muy cortas jornadas con objeto de proveerse de víveres é ir recogiendo la gente que se les iba allegando. Ocho dias emplearon en la travesia, al cabo de los cuales acamparon las tropas confederadas en un lugar á dos leguas de Tarifa llamado la Peña del Ciervo. Al propio tiempo se dejaban ver en el estrecho las velas de Aragon que costeadas por el rey de Castilla guiaba el almirante don Ramon de Moncada, así como tres galeras y doce naves que comandaba el prior de San Juan.

A la aproximacion de los ejércitos cristianos levantaron los musulmanes el cerco, y asentaron los de Africa y los de Granada separadamente su campo para esperarlos. El plan de batalla de los cristianos fué que el rey de Castilla atacaría al de Marruecos, el de Portugal al de Granada. De parte de los moros estaba la ventaja del número, por lo menos tres ó cuatro veces mayor que el de los fieles ⁽¹⁾. Favorecia á estos el

(1) Suponiendo exagerada la cifra que le da la Crónica, cuando dice: «que eran los moros mas que cincuenta et tres mil caballeros, » et que avia y mas que setecientas veces mill omes de á pie, » no háy historiador español ni árábigo que no les dé por lo menos de cien-

ir todos animados del fuego patrio y del valor del martirio, como que de la derrota ó del triunfo pendían no solo sus vidas, sino la suerte de su patria, de su religion, de sus familias y de sus hogares. Acompañaban al rey de Castilla los prelados de Toledo, de Santiago, de Sevilla, de Palencia, de Mondoñedo; los maestros de las órdenes de Santiago, Calatrava, Alcántara y San Juan; el infante don Juan Manuel, don Juan Nuñez de Lara, don Pedro Fernandez de Castro, don Juan Alfonso de Alburquerque, don Juan de la Cerda, don Diego Lopez de Haro, don Alvar Perez de Guzman, don Gonzalo Ruiz Giron y otros muchos ilustres caballeros de Castilla, León, Galicia y Andalucía, con los concejos de Zamora, de Salamanca, de Ciudad-Rodrigo, de Badajoz, de Córdoba, de Sevilla, de Jaen y otros que fuera largo enumerar. Llevaba el de Portugal en su compañía al obispo de Braga, al prior de Crato, á los maestros de las órdenes de Santiago y de Avis, á don Lope Fernandez Pacheco, don Gonzalo Gomez de Sousa, don Gonzalo de Acebedo y otros ilustres hidalgos. No teniendo el portugués sino mil caballos, dióle el castellano tres mil de los suyos para combatir al de Granada que contaba siete mil. Ordenó Alfonso de Castilla á los almirantes de las flotas que desembarcaran con toda su gente y atacaran por

to cincuenta á doscientos mil combatientes. Tampoco se fija con certeza el número de los soldados

españoles: convienen, si, todos en que era muy inferior.

el flanco á los africanos, y lo mismo previno á la guarnicion de Tarifa. Separaba los dos ejércitos enemigos un pequeño riachuelo conocido con el nombre de *el Salado* (1), que corriendo de Norte á Sur desemboca en el mar.

El lunes 30 de octubre de 1340, antes de romper el dia celebró el arzobispo de Toledo la misa en el pabellon real, en la cual comulgó el rey, y seguidamente todas las tropas, preparándose para la batalla como verdaderos y fervorosos cristianos. Ordenóse aquella colocando el rey en primera fila sus caballeros, quedando dice la crónica, «los labradores y omes de poca valía» en la colina llamada Peña del Ciervo. Don Juan Manuel, que mandaba la vanguardia y habia recibido orden de atravesar el rio, rehusólo en términos que hubiera podido desanimar á gentes menos resueltas á combatir, y que hizo sospechar de su lealtad al rey. Entonces Garcilaso y su hermano Gonzalo pasaron intrépidamente el rio por un puentecillo de madera, seguidos de un cuerpo de ochocientos á mil hombres, con los cuales atacaron tan bizarramente una hueste de mas de dos mil quinientos ginetes africanos que los hicieron cejar. Volvieron sobre sí los berberiscos, mas los castellanos se mantuvieron firmes conservando libre el paso del puente á un refuerzo que el rey de

(1) Hay varios arroyos y riachuelos de este nombre en Andalucía, como son el Salado de Arjona, el Salado de Martos, el Salado de Platero y otros.

Castilla enviaba en socorro de los Lasos, de los cuales uno estaba ya gravemente herido, aunque seguía combatiendo. También el maestre de Santiago, don Alfonso Melendez de Guzman, esquivaba pasar el rio, como don Juan Nuñez de Lara, hasta que llegó el rey y les hizo avanzar y mezclarse en la pelea con otros ó mas esforzados ó mas leales. Los que llevaban las banderas, marchando por entre unos otros, dieron con la tienda del rey Abul Hassan, donde estaban sus mugeres custodiadas por un cuerpo de zenetas. Sorprendidos estos, hicieron un movimiento de retroceso hácia Tarifa: entonces la guarnicion de la plaza cayó impetuosamente sobre el centro de los de Africa, compuesto de tres mil caballos y ocho mil infantes, número acaso triple que el de los agresores: desconcertados los infieles con este segundo inopinado ataque, desbandáronse unos hácia el mar, otros hácia Algeciras, no sin dejar en el campo considerable número de muertos.

A tal sazón pasó el rio Salado el rey don Alfonso con los de su mesnada, metiéndose con ellos en un valle donde estaba el grueso de la morisma con Abul Hassan. Cargaron sobre ellos de tropel los africanos, lanzando saetas, una de las cuales se clavó en el arzon de la silla del caballo del rey. «*Feridlos*, exclamó entonces Alfonso alentando á los suyos, *feridlos, que yo soy el rey don Alfonso de Castiella et de Leon, ca el dia de hoy veré yo quales son mis vasa-*

llos, et verán ellos quien soy yo.—Y espoleando su caballo quiso meterse en lo mas recio de la pelea. Pero el arzobispo de Toledo don Gil de Albornoz, teniendo acaso presente en aquellos momentos el ejemplo de su ilustre predecesor don Rodrigo Jimenez, y lo que hizo con Alfonso el Noble en las Navas de Tolosa, *Señor*, exclamó á imitacion de aquel, *estad quedo, et non pongades en aventura á Castiella et Leon, ca los moros son vencidos, et fio en Dios que vos seredes hoy vencedor.* Las palabras del rey inflamaron á los suyos, y como quiera que éstos fuesen muy pocos, pero como todos eran caballeros y escuderos suyos, gente criada en su casa y á su merced, todos «*omes de buenos corazones et en quien habia vergüenza*», cumplieron su deber como buenos, y á algunos por su especial arrojo los premió en el acto. Bajando al propio tiempo de aquellos recuestos y colinas los que habian tomado el pabellon del emir de Africa, matando y degollando á cuantos encontraban, acabaron de turbarse los marroquíes, desordenáronse huyendo hácia Algeciras, dábales caza el rey Alfonso con su gente, el campo se cubria de cadáveres, y el rio Salado no parecia ya rio de agua sino de sangre.

Simultáneamente por otro lado el rey de Portugal envolvía al de Granada, cuya resistencia habia sido mas floja, siendo el triunfo de los portugueses sobre los granadinos, si no mas decisivo y completo, mas fácil todavía y mas breve. Los dos monarcas se jun-

taron persiguiendo los fugitivos á las márgenes de Guadalmesi. ¿Quién puede saber el número cierto de los musulmanes que perecieron en esta memorable batalla? Nuestros cronistas en su entusiasmo patrio los hacen subir á doscientos mil, sin contar otra muchedumbre de prisioneros, y para que la similitud de la victoria del Salado con la de las Navas de Tolosa sea mas completa, suponen que de los cristianos murieron quince ó veinte y no mas ⁽¹⁾. No hay nada imposible cuando se recurre y apela al milagro: mas como los mismos árabes confiesen su derrota, llamando dia *infausto*, batalla *cruel* y matanza *memorable* la que sufrieron, y sea indudable que el número de musulmanes muertos y cautivos subió á un cifra prodigiosa, repetimos aquí lo que dijimos de Covadonga, de Calatañazor y de las Navas, que harto prodigio fué el triunfo de tan pocos cristianos contra tantos infieles, y que si signos visibles hay de la especial proteccion con que la Providencia favorece algunas causas y algunos pueblos, harto visibles señales de providencial favor eran estos triunfos portentosos sobre el islamismo con que de tiempo en tiempo favorecia á los españoles, como en premio de su perseverancia, de su amor patrio, de su confianza en Dios y de su constancia en la fé.

(1) La Crónica del rey (capítulo 234) dice muy formalmente, que cuando el rey Albohacen pasó allende la mar hizo recontar los nombres de los que habian venido

á España, y que por aquella cuenta *«fallaron que de la gente que pasó aguende que menguaban quatrocientas veces mil personas.»*

Las lanzas cristianas que penetraron en el pabellon real del marroquí, no perdonaron ni á sus tiernos hijos ni á las mugeres de su harem. Dos de aquellos perecieron, y entre estas se contaba la hija del rey de Tunez, Fátima, la mas querida de Abul Hassan, como esposa y como madre. Entre los cautivos lo fueron su hijo Abohamar ⁽¹⁾, la mejor lanza de ejército africano; su sobrino Abu Ali, que habia sido rey de Sedjelmessa, (ciudad de Berbería hoy destruida) y otros ilustres caudillos. Los vencidos reyes de Marruecos y de Granada llegaron juntos á Algeciras, donde solo se detuvieron algunos instantes. No contemplándose allí seguros, el africano pasó á Gibraltar, el granadino se embarcó para Marbella y de allí se trasladó á Granada, donde fué recibido en triste duelo. Abul Hassan, recelando que su hijo Abderrahman, á quien habia dejado en Marruecos, sabedor de aquella derrota quisiera alzarse con aquel reino, dióse tambien prisa á embarcarse y ganar la costa de Africa, lo que consiguió á pesar de la flota aragonesa que tenia orden de vigilar el paso del estrecho, de lo cual y de no haber tomado parte en la batalla hace graves cargos el cronista castellano, y prorumpe en amargas quejas contra don Ramon de Moncada, el almirante de Aragon. Tambien los monarcas vencedores de Castilla y Potugal, temerosos de la falta de subsistencias,

(1) Asi le nombra la Crónica: Ahmer. probablemente se llamaría Abu